sús, la ira de sus enemigos, la consternacion de sus discipulos, y el clamor ardiente de los pecadores que piden á Dios misericordia en dias de gracia, recojed vuestros sentidos y potencias para dar al espíritu la doctrina que necesita, y entrar en aquellos sentimientos de amor que piden de nosotros los tremendos misterios del Calvario. Todavia quiero presentaros el cuadro mas sublime que puede ofrecernos el dolor llevado á su mas alto punto, el último dolor de María, la última espada que atravesó su alma en un momento supremo, en aquel en que las contradicciones suscitadas contra Jesús por el pueblo de Israel alcanzaron la más completa victoria con la muerte del Justo, á que se siguieron abercísimas penas, imposibles de conllevar sin poderosos auxilios de lo alto. Entre tanto, sea con vosotros el amor y misericordia de Dios poderoso y clementísimo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. *Amen.*

LOS DOLORES

DE LA VÍRGEN MARÍA

Magna est enim velut mare contritio tua; ¿quis medebitur tui? (JEREM. THREN. CAP. II, v. 13.)

Porque es grande como el mar tu quebranto: ¿quien te consolará?

ILUSTRÍSIMO SEÑOR (1):

Es tal el desencanto que tarde ó temprano se apodera de nosotros, viendo convertirse en humo las mas bellas ilusiones y risueñas espe-

(1) Cuando hice este sermon, me propuse imitar, aunque con la imperfeccion que yo temia, algunos pasages de la *Mesiada* de Klopstock. Luego vi que la empresa era temeraria, y que el estudio de un poema, del cual ha sido tan dificil hacer nó mas que medianas traducciones, acabaria mis escasas fuerzas sin uti-

ranzas, cuya realidad buscamos en la tierra, y es tan flaco y deleznable el fundamento en que los hombres edifican, que verdaderamente nosotros nó conocemos ni sabemos qué cosa son las grandezas humanas. Pero desde luego, si hay algo que merezca este nombre, si hay algo que no desencante, que nos mueva, que nos interese profundamente, que ajite y fatigue por la admiracion, por el asombro, desde los músculos hasta los resortes mas invisibles y secretos de la vida moral, si hay algo, en fin, que por su insolita grandeza sea capaz de precipitarnos en la oleada de una de esas estupendas revoluciones, que en un instante conmueven el espíritu, dejando en él impresa una huella que jamas se borrará, no es ciertamente

lidad ni ventaja á mi propósito. Entonces rebajé mi pensamiento, y tracé el plan de este discurso alejándome mas bien de mi primer idea, y proponiéndome solamente dar cierto tono y exaltacion al asunto y estilo, para caer sobre algunos pasages mas fuertes de la Escritura, y nó sobre tantas sublimes fantasias del Cantor de Quedlimbourg, segun me habia propuesto, aunque resultan en admirable conformidad con la Biblia. En medio de esto, incorporé al discurso algunas imágenes fuertes de Klopstock, varias palabras y frases enteras que no me pertenecen, y así debo manifestarlo. En esto vino á parar mi plan de imitacion; en un impotente esfuerzo. Aunque el giro y la construccion de los periodos tenga que ser mia, pondré en letra bastardilla todos aquellos en cuya composicion entran palabras ó frases de Klopstock, los cuales podrá cualquiera cotejar con los cantos de la *Mesíada*.

la felicidad, serena y tranquila como las aguas de un lago. Ni los placeres, ni la calma, ni los seductores atavios de la belleza, ni en las melodiosas armonías, ni en la inspiracion, ni en el génio, ni en el poder, hallamos otra cosa que imágenes pesadas reñidas con toda humana grandeza. Nos parece que falta algo á la grandeza cuando le falta el infortunio; porque fuera del dolor, ¿qué cosa hay grande? Belleza, juventud.... ¡Ah, cuántas pasiones, cuántos accidentes, cuántos suspiros, qué nueva creacion sería preciso añadir para hacer de la juventud y la belleza una cosa verdaderamente grande!

Se desencadenarán los vientos; y el rayo que describe una cinta de fuego ha de traer al corazon y á los ojos una gota mas de sangre y una lágrima, para hacernos sentir, con la majestad del espectáculo, la grandeza de un dia. Bramidos del mar, el abismo vomitando llamas, instantes lúgubres y tremendos misterios, nó placidas llanuras, ni auras apacibles, ni amorosos encantos, hacen de la naturaleza un espectáculo grande y sublime en su grandeza. A los ojos de la ciencia, la materia es bruta; obedece á leyes rigorosas; la piedra

cae, como las aguas corren, y el fuego quema: mas para el hombre que siente, todo se anima; el marmol, el sol, y el océano. Cuando la tierra tiembla, la tierra gime : el mundo sufre un dolor inmenso : llora en el diluvio, clama en la tempestad, muere en la noche.... ¿Instintivamente decimos : " eso es grande" porque es grande el dolor. ¿Qué son á su lado los placeres? Si son groseros, degradan; si son continuos, fatigan; y cuando son honestos, oh!.... entonces tienen para el mundo, como dice Bossuet, un inconveniente poderoso; el de parecerse demasiado á la virdud. La dicha nó nos estremece; la riza y los sollozos no caen en nuestro corazon de la misma manera; por el contrario, viva, involuntaria simpatía nos lleva á la desgracia; y ¡ay del que no tuviera en su vida un momento de dolor siquiera!.... Pero si llegan los dolores á su colmo, las piedras se quebrantan, y el alma se rinde; cuando se traspasa la medida del sufrimiento, para la naturaleza vienen al cataclismo y la muerte; para el hombre, tal vez el martirio y la gloria. Necesitamos concebir el heroismo, pero nó es bastante para resistir todas las tribulaciones. Para soportar todos

los dolores, se necesita la santidad, la plenitud de la gracia. Aun es poco; es preciso juntar todos los crímenes, y entre los crímenes, el mas negro y horrible de todos : el deicidio. Es preciso juntar la ingratitud de un pueblo amado de Dios que se torna en su verdugo; y los cielos lloran, y la tierra se estremece, y el sol se eclipsa, y los sepulcros se entreabren, y los muertos aparecen lanzados de las entrañas de la tierra, con ojos en sus orbitas para ser otros tantos testigos de la muerte de un Dios, de un Dios cuya sangre se junta á los piés del Calvario, con las imprecaciones de un pueblo maldecido, la rabia del infierno, las esperanzas del mundo atesoradas en una duracion de cuatro mil años, el triunfo de la Cruz, las lágrimas de María.

María! ¿Cómo el huracan nó derribará la caña, fragil juguete de los vientos? Se cuenta que estaba sosegado el corazon de Bruto al ver morir á sus hijos; pero era al cabo el corazon de un hombre! Y una Madre amorosa, una Vírgen pura y sin mancha, ¿soportaría el golpe de la espada, el escarnio, la befa y el suplicio de su Hijo querido, cuando el sol se

eclipsaba, y la naturaleza toda daba claro testimonio del dolor profundo que sentía al contemplar la muerte de su Hacedor Supremo?

Dejad que muera el Hombre-Dios: es nuestra esperanza! Dejad que se obren los augustos misterios de la redencion del mundo: somos los redimidos con su preciosa sangre! Dejad que fugitivo y errante por la tierra, sin templo, sin patria, sin altar, huya despavorido ese pueblo que asesina al Dios-hombre: estaba escrito! Mas, ¿porqué, Jesús mio, nó arrebatasteis al cielo á vuestra amorosa Madre, sino que la dejasteis abandonada al pié de la Cruz, viva imagen de la desolacion que no puede pintar la lengua, presa del dolor, cuando vuestro último suspiro arrancó un ¡ay! del Calvario, de los sepulcros y del firmamento? Qué! ¿Resistiría la sensibilidad de una mujer, el corazon de una Vírgen Madre, lo que nó pudieron resistir los elementos, los sepulcros sellados y los montes de la Palestina?

De tal modo se juntaron en la Madre de Dios los dolores de la pasion de su Hijo Santísimo con la gloria de la redencion del linaje humano, que tuvo lágrimas y congojas, dolores acerbos y la santidad del heroismo, para legar á los hombres esa terrible y soberbia imágen del infortunio, que se refleja en toda grandeza humana. La Madre de Dios pudo sufrir algo mas que el terror de las profecías; pudo seguir á su Hijo hasta el Calvario: pudo mas que contemplarlo de lejos, y llegó junto á la Cruz, desolada y llena de amargura: pudo mas que contemplarlo de cerca, y lo estrechó contra su corazon. Era el hacecillo de mirra de los Cantares, pero mustio, descolorido y sin vida, como una rosa arrancada de su tallo. No pudo prestar el aliento á su amado Hijo, ni á fuerza de amor; temblaban sus manos, y su alma estaba llena de amargura. Destilaban sus ojos el agua cristalina y pura de sus amores, y nó murió de dolor, porque Dios la sostenía mirándola desde los cielos.

Vuelve á mi tambien, Dios mio, tus ojos misericordiosos para sostenerme y ayudarme. Si San Bernardo decía que nada le apuraba tanto como tener que hablar de las grandezas de María (1), ¿qué nó pasará al tener que hablar de sus dolores, en que resaltan mas las grandezas de vuestra Madre? Yo, Señor, os

(1) Serm. IV de Assumptione B. M.

abandono mi espíritu, mi corazon y mi lengua, confiado en los auxilios de la divina gracia. *Ave Maria.*

El hombre se estremece de ver la sangre derramada, y aparta sus ojos con horror. ¡Oh y que dolor, si aquella sangre es la sangre de un amigo! El dolor crecerá mas todavia, si es la sangre de un hermano: más aun, infinitamente más, si es la de un hijo, el mas querido de todos, querido con ternura. ¿Y si fuera el único? Ya parece que no se pueden seguir distintamente las gradaciones del dolor; ya parece que lo inmenso es poco; y sin embargo, el dolor puede ser mas intenso todavía. Suponed, Señores, que se trata de una Madre, de la mas tierna de las Madres, destinada á pasar por tan duras pruebas: ¡Oh, Dios mio! ¡Qué escena tan terrible! Apenas se puede concebir tanto sufrimiento: expresarlo, ¿cómo?

Señores, si se nos contára esta historia por la primera vez, nosotros diriamos en seguida, presumiendo adivinar el único desenlace que parece posible : " La Madre de Dios siguió hasta el Calvario, con su querido Hijo; levantaba sus brazos en ademan suplicante; lloraba y pedía á los jueces y al populacho la vida de su Hijo; pudo soportar la suya viendole injuriado, escarnecido, clavado en un madero afrentoso, y cayendole la sangre de su sacratísima cabeza, coronada de espinas. Pudo mas todavía : pudo verle morir! Pudo resistir, aunque traspasada de dolor, este sangriento espectáculo de tres horas.... pero al bajar del cadalso el cuerpo ensangrentado de Jesús, la naturaleza quiso intentar un esfuerzo imposible! Aquella Madre afligida quiso estrechar contra su corazon el cadaver de su querido Hijo, pero cayó al pié de la Cruz, sin aliento y sin vida, muerta del rayo, y *buscando con sus labios*, en las postreras convulsiones de la carne, *las llagas ensangrentadas de su dulcísimo Jesús* ".

Esto diriamos. Cuando la madre de los Macabéos vió morir al último de sus hijos, murió tambien : cuando la Madre de Dios quiso es-

trechar contra su corazon al Hijo de sus entrañas, murió traspasada de dolor. Esto diriamos, Señores, y nos detendriamos aquí, pareciéndonos imposible dar un solo paso mas en la línea del heroismo. Pero ¿qué poder sobrehumano sostiene á la Vírgen, cuando estrecha contra su seno el cadaver de su querido Hijo? Que nos devuelva el infierno sus negros arcanos y nos diga, si la rabia de Satanás pudo alargar aquellas horas tan amargas. ¿Porqué no habia de regocijarse el príncipe de las tinieblas en prolongar la existencia dolorosa de aquella Vírgen, que habia nacido para quebrantar la cabeza de la serpiente? O se volvieron sus entrañas de bronce?

¡Oh, Dios mio! Tú, que haciendo plegar sus negras alas al angel de los dolores, deparaste una mujer piadosa que salió en el Pretorio al encuentro de María, dime, Señor, ¿comunicaste los sueños encantados y las visiones de Porcia (1), para consolar á la mas desconsolada de las mujeres?.... Escucha, María, le dice una *mujer pálida*, cuyos cabellos *flotaban*

(1) Se encuentra el nombre de la mujer de Pilato escrito de varias maneras: *Claudia*, *Procla*, *Procula*, *Porcia*, y no sabemos de otras variantes con que es probable que se escriba.

graciosamente, vestida como una romana de la nobleza (1), y ajitada por un lijero tremblor". Un sueño me ha revelado que Jesús es el mas grande, el mas virtuoso de los mortales, y que los dioses quieren salvarlo". ¿Será que la imágen de Porcia y sus sueños misteriosos entretienen todavía la imaginacion exaltada de la Vírgen? Cuando estrecha contra su corazon el cuerpo inanimado de Jesús, ¿vive aún aquella ilusion consoladora que le dió la vida de un instante?

¡Oh, ya no está en el dorado palacio donde encontró á esta mujer inspirada! Bajó sus escaleras de marmol, como bajó Luzbel del Olimpo á los infiernos; el Angel, por su soberbia; por su dolor, María! Ya no está en dulces coloquios, que hacía mas dulces aquella viva palpitacion de sus esperanzas, de su amor y de su credulidad; ya no respira en *aquel silencio embalsamado de flores*, cuando la aurora deja caer en la tierra, para embellecerla, sus dulces lágrimas; huyó para siempre la vision profética de Porcia!.... ¡Recuerdos dolorosos! *El horizonte sangriento del Golgota ha reemplazado á los perfumes y al aura fácil de los jardines del Pretorio; funebres sombras del Calvario se proyectan sobre las estatuas y los porticos de Jerusalem;* inundaron á la Madre de Dios aquellos torrentes de iniquidad que cayeron sobre Babilonia y todas las ciudades malditas; y los mares, y el Cedron, y el agua cenagosa de los lagos, y todos los manantiales infectos de sal y azufre, y la sangre del Haceldama, acudieron á los ojos de la Vírgen; porque ya no tenía lágrimas, y lloró con el llanto de la tierra, con el rocío de la mañana, con la densa bruma que se alzaba de los mares, con los pecados de los hombres y las iniquidades de su pueblo.

(1) Así la describe tambien Ana Catalina Emmerich. V. *La douloureuse passion de N. S. Jésus-Christ.*

"*¡Infeliz madre!*" Clamaban en tono plañidero y tristísimo las mujeres de Galilea. ¡Infeliz madre! Y sus manos se juntaban con muestras de un dolor lleno de sencillez y de ternura.

La Vírgen ya no puede articular un acento siquiera: se la vió con espanto echarse á los piés de José de Arimatea para pedirle el cadaver de su Hijo: estaba palida como la muerte. ¡Oh, qué situacion tan horrible!.... Una palabra, un sollozo siquiera que pudiera

llegar hasta el corazon del Senador romano.... *¡ y nó pudo tampoco !.* Le tendía los brazos en actitud suplicante, con todo lo que hay de mas doloroso y sublime en un esfuerzo imposibles ¡ ah ! *¿ Quién nó hubiera conocido que aquella mujer era la Madre del Hijo de Dios?* Hablaba con los ojos, ajitándo los lábios ; la desolacion estaba pintada en sus facciones descompuestas ; y á falta de voces, *hasta los músculos suplicaban.* Queda transportada de dolor, de amor y de alegría al estrechar contra su corazon el cadaver de su querido Hijo ; imprime sus labios en las heridas de su cuerpo que ya no manaban sangre, y en el exceso mismo de su dolor encuentra fuerzas todavía para sufrir, esta sublime criatura !

Tengo por imposible que en el exceso del dolor que llega á su colmo, como sucederá en los últimos momentos de la agonía, pueda formularse en palabras el pensamiento que se desprende entre tantas contradicciones, tantos conceptos mutilados, tantas imágenes de cosas informes y extrañas, y con tal viveza sentidas, y tan confusamente amontonadas. El espíritu habla entonces la lengua de los inmortales ; y huyendo de lo terrenal, transporta á lo infinito el corazon y el pensamiento, y allí dá voces. Así la madre mas desconsolada abrazando amorosamente el cadaver de su Hijo querido, imprimiendo en sus amoratadas mejillas un osculo eterno, levanta su alma hasta los cielos, y dice estas palabras que los angeles solos entendían : "¡ *Oh tú que me envias el mas hermoso de los espíritus celestiales que están radiantes de alegría delante de tu trono, para que me anuncie al hijo que habia de nacer de tu esclava ;* tú, Dios y Señor mio, que me hiciste sentir en Belen las alegrías de la maternidad, y consientes que participe de las glorias del Salvador á quien adoran los Reyes en un establo, los Doctores en la Sinagoga , el tullido en la piscina, el ciego en Jericó, los pobres y desgraciados en todas partes ; tú que dás un hijo á la madre de Samuel porque te lo pide derramando al pié de tu altar sus lágrimas amorosas, ten piedad de mí. *¿ Nó me libraste de los dolores del parto sino para condenarme á mas crueles tormentos?* ¿Nó pusiste en mi corazon el amor mas ardiente de una madre para el mejor de los hijos, sino para hacerme llorar su muerte y llorarla sin consuelo? He visto, Señor, entre la muchedumbre